

## SER SIN TENER QUE ESTAR

No me gustan los museos porque en ellos suele haber demasiados cuadros. El mejor museo del mundo, para mi gusto, sería aquel dedicado a una sola obra. Tampoco me gustan los cines modernos porque, a mi entender, hay en ellos demasiadas butacas y para colmo ya no huelen a lo que tienen que oler los cines. Por lo común, me son indiferentes las bibliotecas públicas porque a menudo las veo como una acumulación inútil de agónicos libros variopintos en riguroso orden alfabético. En cambio, me gustan bastante mi biblioteca —no mi colección de libros, que no es tal— y la película elegida para verla en casa a oscuras. Cada día me gusta un cuadro distinto porque me pierdo en él con elucubraciones a manta, las cuales asaltan mi evocadora imaginación y la encienden pornográficamente. No me gustan las salas de conciertos porque en ellas suenan a la vez demasiados instrumentos y además siempre hay alguien que tose y los interludios se me hacen muy largos y el calor insoportable y el aseo se encuentra muy alejado y escondido, hasta el punto de que en las salas de conciertos se me encienden todas las alarmas apremiantes en cada una de esas situaciones de fisiológica contención. Lo siento, los tiempos de un concierto no son mis tiempos. Entonces la mente se me descontrola y abandona la sala por su cuenta: advierto que me desdoble sin poderlo remediar y padezco el sobrenido desequilibrio: me voy sin moverme de la butaca. La gente todavía sigue la costumbre de engalanarse de domingo para acudir a un concierto o una ópera; se viste de turista alpargatero o bien de cosmopolita provinciano para contemplar una exposición de arte (de lo que sea, siempre que sea una exposición) o se enfunda los *jeans*, la cazadora raída y las *Rayband* para entrar en un abarrotado estadio con la magra intención de fumarse unos porritos en el consabido concierto de la vieja gloria rockera, y de ese modo quitarse de encima la rémora de la edad. Y siempre, siempre, engolar la voz a la hora de emitir un juicio, por supuesto, preconcebido. Pero ¿qué haría la gente si decidiera algún día leer, siendo la lectura la única liturgia artística que no responde a códigos sociales preestablecidos, dado que lo más recomendable es ejercitarse en ella a solas y cada cual como le venga en ganas?... Para quien todavía no lo haya advertido: se puede leer en pelota picada, en pijama, con barba de tres días, sobre una otomana o haciendo equilibrios en la escalera de tijera, incluso sin pasar por la bañera. Hasta se puede leer para matar el tiempo y con la ventana abierta. Sobrio o ébrio. Se puede leer en la postura que se desee y a cualquier hora y edad. Pero no se puede leer cualquier libro. Por algo la literatura es mi preferida, pues me permite ser sin tener que estar. Qué raro resulta todo...